

PARA SABOREAR DURANTE LA SEMANA...

“Cada uno da lo que tiene en el corazón, y cada uno recibe con el corazón que tiene”

Oscar Wilde



Jim Dime, Cuatro corazones, 1969.

PARA LEER...

MORENO, G., *Abriendo camino*, Conversaciones sobre la muerte con JC Bermejo, San Pablo, Madrid 2021

Para recibir este material en tu casa escribe a
Servicio de Atención Espiritual
—Centro San Camilo- Tres Cantos, Madrid
xabier@sancamilo.org



De domingo a domingo

Año XIII. HOJA nº 385 - Del 30 de mayo al 5 de junio de 2021

Trinidad = Dios es Amor



Creer en la Trinidad es lo mismo que creer que Dios es amor. La doctrina sobre la Trinidad es, en el fondo, un despliegue consecuente de la afirmación *Dios es amor*. «En realidad, Dios mismo, en la Biblia, nos ha narrado la historia de su amor por nosotros». Dios, el Padre, ama realmente: *Tú eres mi Hijo, el amado*, dice el Padre en el Bautismo de Cristo y en la Transfiguración.

Pero, ¿qué es en realidad "amar"? Amar es estar en compañía del amado y darse a él. Por ello, el Padre del cielo, con mucha mayor razón que el padre del hijo pródigo, puede hacer suyas estas palabras clave: *Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo* (Lc 15,31). Propio del amor es la *comunión* (estar uno junto al otro y —en la Trinidad de Dios— estar Uno en el Otro) así como la *donación mutua*. El Padre existe dándose. Dándose totalmente al Hijo amado. Dice santo Tomás de Aquino que el Padre es donación pura: pura relación de paternidad que se da. Por eso hoy se dice que la persona es relación: mismidad en relación. Eso es en verdad la persona.

Dios es amor, ciertamente, pero para que haya amor tienen que ser realidad estos tres: el que ama, el amado y el mismo amor que circula entre el que ama y el amado; que los une hasta hacerlos "Uno", como los esposos, y los proyecta a amar fuera de ellos. Cuando se trata de Dios: el Amor une al Padre y al Hijo, y los enciende en una sola "gloria". También los proyecta "hacia afuera" de forma que brote libre y gratuitamente la creación, hasta que un día —con la colaboración responsable y libre de toda la humanidad tocada por la "buena voluntad"— brote la nueva creación: el Reino, donde prevalecerá la justicia en la culminación del amor de Dios a los humanos.

San Agustín, al final de su famoso tratado *De Trinitate* halla la fórmula feliz: la Trinidad es la comunión de los Tres: «Amans, amantum, Amor». Lo que quiere decir que Dios, como amor, es fecundo, y que Dios amor es comunidad. «La unidad de Dios es trina», dice el Catecismo de la Iglesia católica. De ese modo, la Trinidad es el espejo supremo y original de todos los seres, en especial, de los

seres humanos, capaces de entender y de amar. La Trinidad es el referente de todos los seres especialmente de los seres racionales hechos a imagen de Dios. La Trinidad es el referente universal porque el ser —todo ser— se da como el Padre que ama se da al Hijo, y el Hijo recibe esa donación del amor con agradecimiento y reciprocidad, devolviendo al Padre el amor que recibe de Él.

Ya no hablo de dos, sino de tres: el que ama, es decir, el Padre; el amado, el Hijo; el amor, el Espíritu Santo que brota de ambos y que permite que el Hijo dé realmente amor por amor, ya que devuelve al Padre la "gloria", o sea el Espíritu, que el Padre ha dado a su Verbo: la "gloria" con la que el Padre ha glorificado a Jesús.

El Espíritu Santo, por su parte, es el amor unitivo y extático. Realiza la síntesis entre la unidad y el éxtasis: el Espíritu Santo es el éxtasis de amor que une al Padre y al Hijo y los proyecta en un amor sin límites entre ellos y en la creación del Universo, en la que los hombres y las mujeres son imágenes de Dios que caminan hacia aquella obra definitiva de Dios que es la nueva creación, el cielo nuevo y la tierra nueva, el Reino de Dios que tiene a Dios como fundamento, donador y guía, pero «que no será construido sin la libre responsabilidad y el esfuerzo de los humanos».

Podemos decir, como síntesis, que el Padre es el océano de amor original, pero silencioso, del que brota una Palabra y un rostro humano —Jesucristo, Señor— el cual derrama el amor del Padre y su propio amor en la comunicación del Espíritu de la verdad y del amor, que es vida divina para los hombres.

Las cargas se acomodan caminando

Camilo de Lelis

¡A jugar! ¡A aprender!

Busca 10 palabras de más de cuatro letras que aparecen en el evangelio de hoy. Con las letras que sobran obtendrás una frase.



E	L	S	G	E	Ñ	N	O	S	R	E
J	N	O	S	A	O	E	N	A	V	T
I	E	A	A	M	L	T	O	N	D	N
O	S	S	B	L	O	I	S	T	R	O
I	N	R	U	C	O	N	L	O	E	M
A	E	S	O	S	C	O	N	E	R	L
R	A	P	L	R	P	O	M	E	A	E
R	S	A	E	D	E	A	D	S	U	C
E	O	N	I	T	I	O	D	N	U	A
I	C	O	C	M	P	P	A	R	Ñ	I
T	A	U	T	I	R	I	P	S	E	.

Frase Anterior: El Espíritu Santo nos colma con sus dones para ser discípulos de Jesús.

EVANGELIO (Mt 28, 16-20)

Lectura del santo Evangelio según San Mateo

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo:

- «Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»

El año litúrgico comienza con el Adviento y la Navidad, celebrando cómo Dios Padre envía a su Hijo al mundo. En los domingos siguientes recordamos la actividad y el mensaje de Jesús. Cuando sube al cielo nos envía su Espíritu, que es lo que celebramos el domingo pasado. Ya tenemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Estamos preparados para celebrar a los tres en una sola fiesta, la de la Trinidad. Esta fiesta surge bastante tarde, en 1334, y fue el Papa Juan XII quien la instituyó. Quizá se pretendía (como ocurrió con la del Corpus) contrarrestar a grupos heréticos que negaban la divinidad de Jesús o la del Espíritu Santo. El texto del evangelio, el más claro de todo el Nuevo Testamento en la formulación de la Trinidad, pero al mismo tiempo pone de especial relieve la importancia de Jesús. A lo largo de su evangelio, Mateo ha presentado a Jesús como el nuevo Moisés, muy superior a él. El contraste más fuerte se advierte comparando el final de Moisés y el de Jesús. Moisés muere solo, en lo alto del monte, y el autor del Deuteronomio entona su elogio fúnebre: no ha habido otro profeta como Moisés, «con quien el Señor trataba cara a cara, ni semejante a él en los signos y prodigios...» Pero ha muerto, y lo único que pueden hacer los israelitas es llorarlo durante treinta días. Jesús, en cambio, precisamente después de su muerte es cuando adquiere pleno poder en cielo y tierra, y puede garantizar a los discípulos que estará con ellos hasta el fin del mundo. A diferencia de los israelitas, los discípulos no tienen que llorar a Jesús sino lanzarse a la misión para hacer nuevos discípulos de todo el mundo. ¿Cómo se lleva a cabo esta tarea? Bautizando y enseñando. Bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo equivale a consagrar a esa persona a la Trinidad. Igual que al poner nuestro nombre en un libro indicamos que es nuestro, al bautizar en el nombre de la Trinidad indicamos que esa persona le pertenece por completo. En la primera lectura, Dios exigía a los israelitas: «guarda los preceptos y mandamientos que yo te prescribo»; en el evangelio, Jesús subraya la importancia de «guardar todo lo que os he mandado».